



“Lecciones de la historia de California”

p. 144-154

Lecciones de California

Alfonso Teja Zabre

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Historia

1962

170 p.

(Publicaciones del Instituto de Historia, Primera Serie 63)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 18 de noviembre de 2022

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/071/lecciones_california.html

D. R. © 2022, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



LECCIONES DE LA HISTORIA DE CALIFORNIA

HEMOS procurado presentar episodios de interés dramático y humano que dan a conocer algunos aspectos de la historia de California, y los comentarios, opiniones y testimonios que aclaran o confirman los temas fundamentales que deseamos tratar. El título de “lecciones” no implica un propósito magistral, pero además de la acepción general de “lectura”, se pretende buscar algo de positiva lección, enseñanza y ejemplo.

La mayor parte de los textos traducidos o glosados son inéditos o poco conocidos en nuestro idioma y ofrecen una perspectiva distinta de la que nos han proporcionado cronistas e historiadores españoles y mexicanos. Casi toda nuestra información histórica sobre California, ha tenido un carácter de apología y de exaltación, por motivos patrióticos o religiosos, que ha impedido apreciar algunos aspectos más humanos, humildes y hasta prosaicos. Los historiadores extranjeros pueden juzgar a los misioneros y a su obra con serenidad y hasta frialdad, a veces con reservas que es conveniente conocer y analizar para obtener una visión más completa de los sucesos y de los hombres.

Desde el punto de vista hispánico y católico, la vida de California desde su descubrimiento se desarrolla a la sombra de las misiones. En cambio, los historiadores angloamericanos conceden a las misiones católicas un mérito con reservas; las estiman como reliquias pintorescas, para fijar su atención preferente sobre la expansión de los Estados Unidos hacia el oeste, bajo el signo del destino manifiesto de una superioridad racial y técnica. Los indios, los criollos de la Nueva España y los mestizos de la República independiente quedan relegados y casi olvidados o francamente despreciados.

Sería un absurdo desconocer la influencia creadora de las misiones y la magnitud humana y espiritual de algunos de los misioneros, dignos de perpetua memoria, lo mismo que disminuir la importancia de la fuerza



expansiva que juntó las energías de una gran corriente migratoria y una transformación de la economía mundial con las nuevas formas de la producción industrial y comercial. Pero es justo también dar su lugar a otros factores.

En primer lugar debe recordarse a los más humildes, humillados y casi extinguidos aborígenes. En medio del esplendor actual de lo que fue Alta California, el indígena casi se confunde con los restos prehistóricos de los animales que dejaron sus huesos en los depósitos de breá.

Los primeros pobladores pertenecen a la antropología. No pudieron dejar una memoria articulada de su existencia y apenas quedan unos cuantos nombres indígenas vagamente esparcidos en la toponimia californiana. Su historia y sus restos no han merecido mucha atención, tal vez en parte por un complejo de remordimiento, porque los colonizadores hispánicos, lo mismo que los anglosajones, tienen muy pocos méritos que alegar en sus relaciones con la raza primitiva. Hasta las buenas intenciones obraron en perjuicio de los que teóricamente pudieron alegar sus derechos de primeros ocupantes.

Pero la antropología moderna ha cambiado la perspectiva de la historia humana. El hombre actual, que se enorgullece por su dominio fundado en el uso de instrumentos, máquinas y conocimientos científicos desarrollados en miles de años, es heredero del hombre primitivo que con instrumentos y conocimientos rudimentarios luchó por dominar a la naturaleza durante millones de años.

La civilización no ha comenzado con las máquinas de vapor o el uso de la electricidad, sino con la apertura de las primeras rutas en busca de agua y tierras cultivables y la eliminación o sujeción de las bestias prehistóricas y feroces.

En California, como en todo el mundo, los primeros ocupantes, tal vez empujados por la inclemencia glacial, fueron buscando penosamente los manantiales, los vados y los valles para asegurar una subsistencia todavía precaria. Todavía en el siglo xvii los exploradores del noroeste de la Nueva España necesitaban el auxilio de los guías indígenas, lo mismo que más tarde semejante ayuda fue indispensable para los cazadores y los traficantes de pieles, vanguardia de la expansión emprendida desde la Nueva Inglaterra hacia el oeste.

Lo mismo que en la conquista y colonización de la América tropical, el factor principal que debieron tomar en cuenta los conquistadores y colonizadores de América fue el conocimiento y la reducción, aprovechamiento o destrucción de los pobladores primitivos. Los mismos procedi-



mientos de dominación y de introducción en una nueva forma de cultura se aplicaron en todas partes, con las variaciones exigidas por las condiciones locales, que variaban desde los centros poblados con instituciones permanentes hasta las formas rudimentarias de existencia infrahumana.

En el noroeste de la Nueva España, a pesar de las ilusiones de los primeros días de la conquista, las fábulas de Cibola o las Siete Ciudades cedieron el sitio a una realidad mucho más modesta. Los aborígenes eran de la misma raza que habían logrado construir ciudades en la región maya o en la altiplanicie mexicana, pero desde Sinaloa y Sonora hasta los límites imprecisos de California sólo se encontraban poblados y tribus sin coherencia social.

En el descubrimiento, conquista y colonización de América, los españoles aprovecharon desde el principio la alianza de los elementos civiles, militares y religiosos. Las empresas exploradoras organizadas por iniciativa privada, que no tenían propósitos ni autorización para poblar, y se reducían a operaciones comerciales de trueque, fueron excepcionales pero muy útiles para abrir los caminos de la colonización. Los misioneros, frailes y clérigos, acompañaban a los soldados y a los funcionarios civiles encargados de gobernar las regiones conquistadas. Esta conjunción de fuerzas políticas y religiosas ya había sido utilizada con éxito en la reconquista y unificación de España, en la lucha contra los árabes y los judíos, y fue igualmente favorable en la Conquista de América.

La autoridad religiosa dio a la conquista un carácter especial, tanto para justificar la ocupación de los nuevos territorios al amparo de la evangelización, como por la cooperación personal de los religiosos, en su mayoría de grandes méritos humanos, espirituales y morales, verdaderos agentes de civilización y poseedores de la más alta cultura de su tiempo.

En realidad el sistema de misiones fue en la América española un complemento esencial de la colonización, y su presencia dio un carácter único a la estructura imperial hispánica. Pero al mismo tiempo creó grandes problemas que a veces no se pudieron resolver ni en el transcurso de varios siglos.

La influencia de la iglesia tuvo particular importancia en el tratamiento de los aborígenes y dio forma a lo que se ha llamado “indigenismo”, sin que hasta ahora pueda decirse que su aplicación tenga completo éxito. Además, el sistema misional trajo consigo, en la organización política de las colonias españolas, un desequilibrio funcional producido por la existencia de un Estado dentro del Estado, que apareció desde los primeros pasos de la colonización por las querellas entre los misioneros y

los conquistadores. Los conflictos entre la iglesia y el Estado fueron esporádicos, pero constantes en toda la época colonial, agravados a veces por las disputas internas entre las diversas órdenes y clases religiosas. Estas circunstancias pueden apreciarse muy especialmente en la colonización del noroeste de la Nueva España, y más aún, en California, donde las misiones lograron establecerse con mayor fuerza que el poder civil y por encima de la iniciativa particular.

La más severa crítica no solamente deja intacta la fama de los misioneros, sino que en cierto sentido la realza, comprobando la superioridad humana, material y espiritual de algunos de ellos, y la grandeza excepcional del conjunto, que no tiene igual en la historia de las empresas civilizadoras o conquistadoras que registra la historia.

La conquista y civilización de California se ha presentado bajo la advocación de fray Junípero Serra, como la culminación de un proceso de aclaración y depuración, que es al mismo tiempo rectificación histórica, acto de justicia y elaboración mística. Las estatuas, los panegíricos y los elogios para el humilde misionero, se iniciaron como una reacción saludable contra la tradición monárquica que concedía el mérito en todas las empresas públicas, en primer lugar, a las cabezas coronadas, y después a los funcionarios y oficiales que firmaban los documentos y proporcionaban material de publicidad a los cronistas.

Los primeros pasos en la tarea de rectificación y de justicia, tenían el propósito de otorgar una parte de la gloria antes atribuida íntegramente a los monarcas, en beneficio de los grandes ministros y consejeros. Por lo que se refiere a la época que nos ocupa, ya no se elogiaba solamente al rey Carlos III o al virrey marqués de Croix, sino al visitador Gálvez. Los biógrafos de fray Junípero han advertido la injusticia que se cometía con el presidente de las misiones, que a veces parecía víctima de una conspiración de silencio.

Un ejemplo visible de esta valoración arbitraria se encuentra en la portada del *Diario histórico de los viajes de mar y tierra hechos al norte de California*, impreso en México, en 1770. El orden de los nombres y el tamaño de las letras es una verdadera escala de valores. Las más ostentosas mayúsculas corresponden al marqués de Croix, al expresar que los viajes se emprendieron por orden del excelentísimo señor virrey, gobernador y capitán general de la Nueva España, y por dirección del Ilustrísimo señor don Joseph de Gálvez, del Consejo y Cámara de su majestad en el Supremo de Indias y visitador general de este reino. Las letras son menores para el capitán don Gaspar de Portolá, capitán de dragones, el



piloto de la Real Armada, Vicente Vila y don Juan Pérez, de la Navegación de Filipinas.

En este *Diario* enviado para su conocimiento al rey, fray Junípero Serra es tan ignorado como los soldados de la Cuera. Tenía que pasar tiempo y establecerse una nueva escala de valores para dar en distintos extremos su justa posición al humilde fraile y al más humilde piloto, junto con los soldados anónimos.

Sin embargo, tal vez esta reacción fue demasiado lejos y la personalidad de fray Junípero Serra hizo olvidar otras figuras y otros factores que merecen atención. No es que los elogios fueran inmerecidos o excesivos, sino que la interpretación histórica se subordinaba a la simpatía y la devoción, que daban al misionero una aureola de santidad. No intentamos tocar el problema de la beatificación de fray Junípero Serra. Es indudable que en su vida hay algo de extraordinario y casi sobrehumano, tomando el concepto de milagro al margen de los cánones y el dogma. Pero nos parece que su mérito es mayor si se admite que realizó su tarea sobre la tierra con sus propios recursos de hombre.

Lo mismo puede decirse de la interpretación romántica, que en este caso ha sido una prolongación de las versiones iluminadas por el amor divino. Si se consideran las misiones como una obra personal, se impide la aplicación de un método crítico y realista y se hace difícil obtener de los hechos una versión más exacta y más útil como enseñanza.

En este libro se ha visto cómo el análisis del régimen misional aun hecho con criterio realista, no tiene ningún cargo que formular en contra de fray Junípero y la mayoría de los misioneros... Lo más que se ha podido advertir, por ejemplo, es la destrucción de las misiones del sur de California para proporcionar recursos a la California del norte, lo cual debe atribuirse a los directores ejecutivos de las expediciones, o mejor aún, al imperativo de las necesidades materiales. Acaso puede hallarse una expresión de malevolencia en Bancroft, que pretende interpretar el empeño de fray Junípero de no curarse la llaga de su pierna, como un deseo de sacrificio ostentoso y un poco teatral. Esta insinuación solamente revela un comprimido sentimiento de antipatía tal vez de origen sectario. Es más modesta y más prosaica la versión que puede deducirse de los datos íntimos de la biografía de fray Junípero. El buen fraile mallorquín, tenía más bien desconfianza de los cirujanos que pretendían sanarlo, y a juzgar por los datos sobre la manera de tratar a los enfermos de aquella época y en aquellos lugares, fray Junípero tenía razón.



En otros informes que se han reproducido en este libro se advierten pasiones provocadas por la expulsión de los jesuitas y el celo de los partidarios de esta orden en contra de los franciscanos. Pero basta un rasgo revelado por los mismos que hablan con rencor, para estimar la estatura espiritual de fray Junípero. Nos referimos a la tradición transmitida por el obscuro informante de don Antonio de Fierro Blanco, en *El viaje de la llama o Juan Colorado*, donde se cuenta como fray Junípero se detuvo por tres días en su viaje hacia el norte, para consolar y fortalecer a un joven franciscano, que sufría por la soledad extrema en su misión de Santa Gertrudis. Este episodio no tiene nada de teatral ni de milagroso. Tiene una belleza espiritual y profunda, que no aumenta las dimensiones del héroe político y del candidato a la santidad, pero hace más digno de respeto al hombre.

Quedan pues en pie las estatuas y sigue abierta la vía para los estudios biográficos y los panegíricos, sin excluir, los que sean inspirados por honesta devoción. Lo mismo que se ha hecho con fray Junípero debería extenderse a Lasuén, Arteaga y Salvatierra. Y si otros menos visibles no alcanzan la plena recordación individual, pueden al menos aparecer en los cuadros de perspectiva panorámica.

Algo semejante debe decirse de las misiones de California consideradas, como institución histórica.

La estrecha colaboración civil y religiosa en la América española puede estudiarse en las misiones de California como en un gran laboratorio. Con excepción del Paraguay, en ninguna otra parte se aplicó este sistema en condiciones de tal magnitud, prosperidad y aislamiento, que permiten la observación y el análisis, como si se estudiara una entidad histórica separada, y al mismo tiempo en relación vital con el imperio español y la república independiente.

La impresión que ha prevalecido generalmente, es que el régimen misional de California fue una empresa realizada por los padres jesuitas y franciscanos, que logró transplantar la civilización y sirvió de base a la riqueza asombrosa de un nuevo imperio. La ruina de las misiones se atribuye casi exclusivamente al México independiente, republicano y liberal y el renacimiento de la prosperidad a la conquista angloamericana.

En estas lecciones creemos que pueden hallarse apuntes y materiales para rectificar, aclarar y corregir esa interpretación simplista.

La obra de las misiones fue en gran parte criolla, india y mexicana. Sin desconocer los méritos del impulso original y directivo, es justo reconocer que el material humano, los recursos económicos, la mano de obra,



la carne de canon y de pena, la parte de los artesanos, los sembradores y de los peones, fueron esencialmente prestados o donados por gente criolla, india, mestiza y de la Nueva España y de México.

Las misiones tuvieron en realidad un éxito temporal, aparente y costoso. En su propósito fundamental, su justificación política y humana, fueron un doloroso fracaso. En efecto, las expediciones de California, como todas las de conquista y colonización, tuvieron como fundamento moral la redención de los indígenas, no solamente para hacerlos cristianos, sino para darles los beneficios de la civilización. En California, el resultado final fue la extinción de los indígenas, no por culpa de las misiones, sino porque la transfusión cultural produjo inexorablemente la destrucción de los grupos más débiles. Las misiones intentaron inútilmente evitar esa catástrofe.

El poder civil, apoyado en las misiones, pretendía extender el dominio español y defender sus remotas fronteras de la penetración inglesa o rusa. Ingleses y rusos avanzaron para abrir el camino a la expansión anglo-americana.

La decadencia y muerte de las misiones se debió principalmente a su carácter de institución temporal. Temporal, en el doble sentido de su estructura material y su limitación en el tiempo. Su función evangelizadora se apoyaba en su capacidad para establecer fuentes de vida económica. En ambos aspectos se le consideró desde el principio como una milicia de vanguardia, una avanzada de la Iglesia y del Estado. Estaba previsto que las misiones deberían trabajar como tales por un plazo limitado, que se fue ampliando en forma elástica indefinidamente.

Aún sin esta condición, las misiones lucharon siempre con la rivalidad o el recelo de otros sectores de la iglesia (jesuitas, clero regular) de las autoridades civiles y militares y de los colonos libres, aventureros, presidiarios, rancheros o habitantes de los primeros centros poblados al margen de las misiones.

El recelo de la autoridad civil fue evidente al expulsar a los jesuitas y sustituirlos por los franciscanos y dominicos, más susceptibles de aceptar el patronato real. No puede olvidarse que fray Junípero tuvo siempre en su carrera obstáculos más graves que la llaga de su pierna. Durante diez y nueve años, en lo mejor de su vida, estuvo prácticamente recluido, inutilizado y postergado. Él, menos místico que hombre de acción, no tuvo más tarea durante diez y nueve años que rezar y officiar. Se le infirió el agravio de regatearle la facultad de administrar el sacramento de la



confirmación. Y sus sucesores tuvieron que ver como la empresa misional, mientras más triunfos lograba, más rápidamente caminaba hacia la ruina.

El fin de las misiones coincide con el fin del dominio español en América, y la independencia de los países hispanoamericanos no es solamente una separación política, sino un cambio de régimen económico y social. Por una fácil asociación de ideas se llega a la conclusión de que los principios republicanos, democráticos y liberales contribuyeron a la destrucción de las misiones. Un paso más en este encadenamiento de causas y efectos, y la república federal resulta culpable del encogimiento de la Nueva España que en vez de extenderse desde Alaska hasta Panamá, pierde su majestad de imperio y casi la mitad de su territorio fijado idealmente en los mapas.

La complicación de las causas y los efectos es mucho mayor. Si se pretende buscar para las misiones el motivo básico de la transformación y la crisis, es precioso atender a circunstancias de otro género. La ruina del régimen misional, lo mismo que la independencia de México y más tarde la pérdida de California son consecuencias del desgarramiento del imperio español, causadas a su vez por múltiples motivos internos y externos. España dio a sus colonias todos los medios de vida que tuvo a su alcance, y México dio a sus provincias del norte toda la ayuda que le permitieron sus recursos, hasta con graves sacrificios.

Pero ni España podía evitar que los ingleses dominaran las comunicaciones marítimas ni México podía superar los enormes obstáculos de los desiertos. En otro aspecto, la debilidad intrínseca de las misiones consistía en su carácter de organismos de producción económica de tipo primitivo, fundadas en los privilegios monopolistas y uso de mano de obra gratuita, en un sistema sublimado de servidumbre y reclusión. Era una institución espiritualmente admirable, una forma de vida pastoral y divina, pero por eso mismo incompatible con los requerimientos de la existencia vulgar y humildemente humana.

Los ranchos y los presidios eran lugares de explotación o de opresión; los pueblos fueron casi todos en su origen centros abominables de vicios y desórdenes. Pero finalmente fueron los pueblos, los ranchos y los presidios los que sirvieron de base, levadura y material al nuevo imperio agrícola, comercial y más tarde industrial, que se construyó sobre las ruinas de una ilusoria Arcadia feliz.

Algunos grupos indígenas ocupaban los mejores lugares para la fácil explotación agrícola. Los misioneros aprovecharon ese principio de selección y lo extendieron a toda la región que pudieron explotar. Se creó

teóricamente un nuevo régimen de propiedad, que en principio correspondía a los indios, bajo la administración de los misioneros. De este modo se llevó a cabo una revolución que eliminó a los dueños primitivos y creó una nueva casta dominante. Los indios menos susceptibles de reducción quedaron fuera de la ley. Eran tal vez los mejores en su calidad biológica, más bravos y fuertes, pero desgraciadamente por eso mismo inadaptados a la vida de las misiones y su aniquilamiento fue total. Dentro de las misiones quedaron los indios de índole más blanda y maleable, que podían ser buenos trabajadores, pero no adquirirían ni podían adquirir las cualidades indispensables para una vida libre.

Las misiones se convirtieron en centros de producción agraria, pero no habrían podido prosperar sin los auxilios enviados de la Nueva España y de México, ni subsistir sin la protección militar de los presidios. La administración eficaz y el prestigio espiritual y personal de los misioneros lograron aprovechar los factores favorables y crear una cadena de establecimientos en creciente prosperidad. Esto mismo tenía que recrudecer los celos y las ambiciones de los elementos rivales.

Lo que había sucedido antes con las encomiendas y repartimientos y debería suceder más tarde con las haciendas, los latifundios y los bienes de manos muertas, se realizó en California a fines del siglo XVIII y principios del XX con la estructura económica misional. Las circunstancias políticas de la Independencia, los primeros esfuerzos de reforma social y finalmente la penetración angloamericana precipitaron el desenlace. Un régimen patriarcal y teocrático; un sistema de comunidad agraria casi primitivo tenía que ser atacado por las tendencias de la democracia individualista, que en Europa sirvió de base ideológica a la revolución.

Con más urgencia aún que en el centro de la Nueva España, en California se sentía la necesidad de tener caminos despejados para renovar los métodos de explotación de la tierra. No era posible subsistir indefinidamente sin más recursos que un rudimentario comercio de pieles, sin poder recibir los instrumentos de trabajo de la Nueva España, ni de la España misma, que se habían quedado al margen de la renovación industrial.

El personal directivo de las misiones, que en realidad dominaba en la vida colectiva de California quedó a consecuencia de los cambios políticos, en calidad de minoría de oposición en contra del México independiente y presionado por los elementos civiles con más violencia. Las órdenes de secularización y desamortización, tanto tiempo aplazadas, se hicieron perentorias. El conflicto entre los partidarios de España y sus

instituciones con los amigos del México independiente y sus programas de transformación, se complicó más aún con las divergencias entre liberales y conservadores, llamados también federalistas y centralistas.

Con frecuencia se ha considerado a la política liberal y federalista como causante de la pérdida de los territorios del norte de la Nueva España. En realidad la causa decisiva ha sido siempre la desigualdad entre las fuerzas expansivas de la entidad hispanoamericana frente a la desbordante expansión angloamericana, por muy variados factores de geopolítica. Pero si se trata de señalar un motivo puramente político, en el caso de California, lo mismo que en el extremo contrario de la América central, el error más bien parece imputable al centralismo imperialista de la época de Iturbide, empeorado aún por la política incoherente de Santa Anna.

Es probable que con cualquier sistema teórico de instituciones públicas los sucesos no se hubieran modificado substancialmente, porque el factor más poderoso debía operar por encima de las fórmulas constitucionales, apoyado en la dinámica de las máquinas, las fuerzas económicas, sociales y políticas de una gran revolución de alcance mundial.

Pero con todo, la aventura californiana ha sido definitivamente juzgada en conjunto como un honor para España y sus descendientes. Así podemos terminar estas lecciones reproduciendo un testimonio que no puede ser tachado de parcialidad. En su obra *Las misiones franciscanas de California*, escribió John A. Berger lo siguiente:

El enorme experimento de las misiones caminaba violentamente hacia su final. El fracaso era inevitable, porque los indios salvo muy raras excepciones no podían asimilar realmente la civilización y la religión. Apenas faltaba la influencia de la misión, los indios generalmente trataban de volver a su estado primitivo y degeneraban totalmente por sus contactos con los hombres blancos que vivían en la especie de anarquía propia de las regiones lejanas de frontera. Aun en la época de prosperidad, el índice de defunciones entre los indios convertidos era superior a los nacimientos, y no se podía compensar el déficit por el ingreso de nuevos conversos. Los indios estaban fatalmente destinados a desaparecer como raza, y las misiones no podían hacer más que prolongar temporalmente la agonía de las tribus incapaces de sobrevivir a la presión de los hombres blancos. Desde el punto de vista de los Californianos, las misiones fueron en cambio un admirable éxito, porque dieron unidad a la provincia cuando no había ningún otro factor de civilización y dejaron una base de tradición romántica, de arte, literatura y sentimiento que constituye la personalidad de California en la historia.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS